

LAMECULOS

Seguro que todos hemos conocido en nuestra infancia a algún compañero de colegio que ejercía de pelotilla y que hacía la rosca al maestro o la maestra para conseguir alguna prebenda tanto en el trato a recibir como en las calificaciones. Estos personajes eran en general, inofensivos, más bien acomplejadillos y con poco don de gentes que buscaban en el rendibú al profesor lo que no encontraban entre sus compañeros; que les hicieran caso y le tuvieran en cuenta. Naturalmente conseguían el efecto contrario y casi siempre eran el objeto de burla y escarnio de la mayoría de sus condiscípulos.

Aquel pelotilla de la infancia con frecuencia se acaba transformando en adulador profesional es decir, en lameculos. Da igual a lo que se dedique, siempre encontrará a quién dorar la píldora para conseguir un cómodo estatus.

Los pelotas, chaqueteros, aduladores, cobistas, tiralevitas o lameculos han existido siempre en todos los ámbitos de la vida. Buscar provecho en el “lameculismo” es una forma de conseguir vivir bastante cómodamente sin tener que calentarse la mollera ni adaptarse a nuevos entornos.

Normalmente estos especímenes suelen proliferar en los ambientes laborales y se caracterizan por reírle todas las gracias a su jefe, llenarle de halagos y aplaudirle cualquier ocurrencia que tenga o acto que realice. Que el efecto sea el deseado, va a depender de la idiosincrasia del jefe en cuestión ya que mientras a algunos gerifaltes les gustan los halagos, a otros les molestan e incluso les repelen.

Fuera del mundo laboral hay un escenario dónde los tiralevitas abundan en cantidades industriales, este ámbito es el de la política. El lameculos es un personaje imprescindible y yo me atrevería a decir que necesario en el mundillo del poder político. En este “ecosistema” los dirigentes suele ser casi siempre narcisistas,

“cualidad” que va aumentando según se va subiendo en la pirámide del mando. Los líderes políticos necesitan rodearse de una corte de aduladores que les digan lo buenos que son en todo lo que hacen.

Entre el líder y los lameculos se crea una relación de dependencia que hace que mientras el corifeo se siente apoyado y justificado en sus acciones por esa corte de halagadores que le dice continuamente lo listo que es y lo acertado de sus decisiones, los pelotas de turno mantienen su estatus sin mayores sobresaltos y se garantizan, mientras el jefe no caiga en desgracia, una vida cómoda y tranquila.

Al preboste de turno tener un coro de cobistas alrededor hace que le aumente la autoestima y su ego, dándole confianza en sí mismo y volviéndose mucho más osado para tomar decisiones de riesgo.

Esta especie de simbiosis entre el gerifalte y los lameculos funciona si todo va bien y se obtienen resultados, pero tarde o temprano se acabará fracasando ya que nadie se atreverá a decir que se están tomando decisiones equivocadas y la caída al precipicio estará garantizada.

En este círculo de felicidad entre el halagado y los halagadores nunca tendrá cabida el crítico, el que difiere, el que ve al rey desnudo como en el cuento. El que objeta, por mucha razón que tenga, será apartado del grupo bien expulsándolo o simplemente haciendo que se sienta irrelevante con lo que se irá de forma voluntaria.

La partidocracia de la que disfrutamos en este país es un claro ejemplo de la práctica del “lameculismo”. Cada líder político en los diferentes estamentos públicos suele rodearse de una grey de agradecidos tiralevitas que solo buscan garantizarse su modus vivendi lo más opíparamente posible o conseguir alguna prebenda o canonjía. Esta feligresía hará del halago, lisonja, agasajo o zalamería su principal arma para mantener su estatus aunque el preboste de turno no acierte ni una o cometa cualquier desafuero; sólo utilizarán la puñalada traperera cuando vengán mal dadas y vean peligrar su peculio.

Las redes sociales están contribuyendo a facilitar la labor de estos profesionales del peloteo y así no es difícil encontrar a estos zalameros subiendo a las diferentes redes fotos de las andanzas de sus respectivos patronos con almibaradas alabanzas dónde, a ser posible, ellos también aparezcan para que se note su cercanía al poder.

Como les decía, las personas con espíritu crítico e independencia ideológica suelen durar poco en esos círculos donde los más son capaces de “olerle los pedos” al mandamás de turno por un carguito de nada.

En todos los ámbitos se dan los lameculos, pero en la política proliferan y ¡de qué manera!, para mayor gloria de un pueblo soberano tan inculto como necio.

Damián Beneyto